

AÑO XII — VOL. II

*cuadern
100*

Sept 1914

Colección Ariel



ISAN JOSE DE COSTA RICA ... C. A.

Imprenta Groñas

Prologo

Jovenes, trabajad. Me doy cuenta de lo que tiene de banal un consejo semejante, pero me permito decirles el beneficio que he obtenido de la tarea cuyo esfuerzo ha requerido mi vida entera. Mis comienzos fueron rudos, he conocido la miseria y la desesperación. Más tarde he vivido en la lucha, vivo aún en ella, discutido, negado, cubierto de ultrajes. Y bien: yo no tengo sino una fé, una fuerza: el trabajo. Lo que me ha sostenido es la inmensa labor que me había impuesto. Frente a mí tenía trazada la ruta hacia la cual me dirigía, y esto bastaba para darme coraje de seguir marchando aunque el largo camino me había abatido.

¡Cuántas veces por la mañana me he sentado ante mi mesa con la cabeza trastornada y la boca amarga, torturado por algún dolor físico o moral! Y cada vez, a pesar de la protesta de mi sufrimiento, la tarea me ha servido de alivio.

El trabajo. Considerad que es la única ley del mundo, el regulador que orienta la materia organizada hacia su fin desconocido. La vida

no tiene otro significado, ni otra razón de ser: nosotros no aparecemos sino para aportar nuestra suma de labor y desaparecer... Creo que este régimen aplaca hasta los más torturados.

No ignoro que existen espíritus a quienes atormenta el infinito, que sufren el mal del misterio. Es a ellos a quienes me dirijo fraternalmente, aconsejándoles que ocupen su existencia en alguna labor enorme, cuyo resultado final permaneciese ignorado.

Es evidente que todo esto no contribuye a resolver ningún problema metafísico; solo constituye un medio empírico de vivir la vida de una manera honesta y quizá tranquila; pero, ¿acaso no es nada labrarse una buena salud moral y física y escapar al peligro del ensueño, al resolver por el trabajo la cuestión del máximun de bienestar que puede obtenerse en esta tierra?

Por mi parte lo confieso: me he mosado siempre de la quimera y nada es menos saludable para el hombre y para los pueblos que la ilusión, porque ciega y suprime el esfuerzo; constituye la vanidad de los débiles.

Permanecer en la leyenda, creer que basta soñar con la fuerza para ser fuerte, sabemos

por experiencia a qué horrorosos desastres conduce. Se les dice a las multitudes que miren hacia arriba, que crean en un poder superior, que se exalten en el ideal. No, no. Semejante lenguaje me parece impío. El pueblo fuerte es el que trabaja y sólo el trabajo es lo que infunde coraje y fe. En el próximo siglo, el porvenir ilimitado es del trabajo. ¿Acaso no se ve ya en el socialismo esbozarse la ley de mañana, esa ley del trabajo libertador y pacificador?

Juventud, juventud, adoptad la tarea que debe llevar vuestra vida, y, por humilde que sea, no por eso dejará de ser útil.

Qué sana y grande será la sociedad en que cada uno aporte su parte de trabajo. ¡Hombre que trabaja es siempre bueno! De ahí que la única fe que puede salvarnos es la de creer en la eficacia del esfuerzo realizado. Es muy hermoso, por cierto, soñar en la eternidad; pero al hombre honesto le basta haber pasado llevando a cabo su obra.

EMILIO ZOLA

(Del discurso en el banquete anual de la "Asociación General de Estudiantes" de París, que presidió en 1903.)

La copa de cristal

JUGABA el niño, en el jardín de la casa, con una copa de cristal que, en el límpido ambiente de la tarde, un rayo de sol tornasolaba como un prisma. Manteniéndola, no muy firme, en una mano, traía en la otra un junco con el que golpeaba acompasadamente en la copa. Después de cada toque, inclinando la graciosa cabeza, quedaba atento, mientras las ondas sonoras, como nacidas de vibrante trino de pájaro, se desprendían del herido cristal y agonizaban suavemente en los aires. Prolongó así su improvisada música hasta que, en un arranque de volubilidad, cambió el motivo de su juego: se inclinó a tierra, recogió en el hueco de ambas manos la arena limpia del sendero, y la fué vertiendo en la copa hasta llenarla. Terminada esta obra, alisó, con primor, la arena desigual de los bordes. No pasó mucho tiempo sin que quisiera volver a arrancar al cristal su fresca resonancia; pero el cristal, enmudecido, co-

mo si hubiera emigrado un alma de su diáfano seno, no respondió más que con un ruido de seca percusión al golpe del junco. El artista tuvo un gesto de enojo para el fracaso de su lira. Hubo de verter una lágrima, mas la dejó en suspenso. Miró como indeciso, a su alrededor; sus ojos húmedos se detuvieron en una flor muy blanca y pomposa, que a la orilla de un cantero cercano meciéndose en la rama que más se adelantaba, parecía rehuír la compañía de las hojas, a la espera de una mano atrevida. El niño se dirigió, sonriendo, a la flor; pugnó por alcanzar hasta ella; y aprisionándola, con la complicidad del viento que hizo abatirse por un instante la rama, cuando la hubo hecho suya la colocó graciosamente en la copa de cristal, vuelta en ufano búcaro, asegurando el tallo endeble merced a la misma arena que había sofocado el alma musical de la copa. Orgulloso de su desquite, levantó, cuan alto pudo, la flor entronizada, y la paseó, como en triunfo, por entre la muchedumbre de las flores.

*
*
*

¡Sabia, candorosa filosofía! pensé. Del fracaso cruel no recibe desaliento que

dures, ni se obstina en volver al goce que perdió; sino que de las mismas condiciones que determinaron el fracaso, toma la ocasión de nuevo juego, de nueva idealidad, de nueva belleza....¿No hay aquí un polo de sabiduría para la acción? ¡Ah, si en el transcurso de la vida todos imitáramos al niño! ¡Si ante los límites que pone sucesivamente la fatalidad a nuestros propósitos, nuestras esperanzas y nuestros sueños, hiciéramos todos como él!....El ejemplo del niño dice que no debemos empeñarnos en arrancar sonidos de la copa con que nos embelesamos un día, si la naturaleza de las cosas quiere que enmudezca. Y dice luego que es necesario buscar, en derredor de donde entonces estemos, una reparadora flor; una flor que poner sobre la arena, por quien el cristal se tornó mudo....No rompamos torpemente la copa contra las piedras del camino, sólo porque haya dejado de sonar. Tal vez la flor reparadora existe. Tal vez está allí cerca... Esto declara la parábola del niño; y toda filosofía viril, viril por el espíritu que la anime, confirmará su enseñanza fecunda.

170

A los Alemanes (1)

Alemanes, el que os habla es un amigo.

Hace tres años, cuando la Exposición de 1867, desde el destierro, os dí la bienvenida a nuestra ciudad.

¿Qué ciudad?

París.

Pues París no sólo pertenece a nosotros, París es tan vuestro como nuestro. Berlín, Viena, Dresde, Munich, Stuttgart, son vuestras capitales. París es nuestro centro. En París es donde se siente vivir a Europa. París es la ciudad de las ciudades, París es la ciudad de los hombres. Ha habido una Atenas, una Roma, y hoy existe un París.

París no es otra cosa más que una inmensa hospitalidad.

Hoy volveis a él.

¿En calidad de hermanos, como tres años ha?

No; como enemigos.

¿Por qué?

¿Qué mala inteligencia siniestra hay aquí?

Dos naciones han formado a Europa. Estas dos naciones son Francia y Alemania. Alemania es

(1) Víctor Hugo, a quien conmovía hondamente la guerra franco-prusina, se dirigió a los alemanes en el siguiente inspiradísimo documento.

para occidente lo que la India para oriente: una especie de abuela. Nosotros la veneramos.

¿Pero qué ocurre, qué significa eso? Alemania quiere destruir hoy esa Europa que Alemania ha construido por su expansión y Francia con su irradiación.

¿Es posible?

Alemania desharía la Europa mutilando a Francia.

Alemania desharía la Europa destruyendo a París.

Reflexionad.

¿Por qué esa invasión? ¿Por qué ese esfuerzo salvaje contra un pueblo hermano?

¿Qué os hemos hecho nosotros?

¿Proviene de nosotros esta guerra? El imperio es quien la ha querido, y el imperio es quien la ha hecho. Ya ha muerto. Bien está.

Nosotros no tenemos nada que ver con su cadáver.

El es el pasado, nosotros somos el porvenir.

El es el odio, nosotros somos la simpatía.

El es la traición, nosotros somos la lealtad.

El es Capua y Gomorra, nosotros somos Francia.

Nosotros somos la República Francesa; nosotros tenemos por divisa: *Libertad, Igualdad, Fraternidad*; nosotros escribimos en nuestra bandera: *Estados Unidos de Europa*. Nosotros somos el mismo pueblo que vosotros. Nosotros hemos tenido un Vercingétorix como vosotros un Arminius. El mismo rayo fraternal, lazo de unión sublime, atraviesa el corazón alemán y el alma francesa.

Tan cierto es esto, que os decimos:

Si por desgracia vuestro error fatal os llevase a las violencias extremas, si viniéseis a atacarnos en esta ciudad agusta en cierto modo confiada por Europa a Francia, si asaltareis a París, nosotros nos defenderemos hasta el último extremo; lucharemos con todas nuestras fuerzas contra vosotros; pero os lo declaramos, continuaremos siendo vuestros hermanos; y ¿sabéis dónde colocaremos a vuestros heridos? En el palacio de la nación.

Destinamos desde ahora a hospital para los heridos prusianos, las Tullerías. Esa será la ambulancia de vuestros valientes soldados prisioneros. Allí es donde irán nuestras mujeres a cuidarles y socorrerles. Vuestros heridos serán nuestros huéspedes, los trataremos realmente, y París los recibirá en su Louvre.

Con esa fraternidad en el corazón aceptaremos vuestra guerra.

Pero esta guerra, alemanes, ¿qué significa? Ha terminado, puesto que el imperio ha concluído. Os habeis deshecho de vuestro enemigo, que era el nuestro.

¿Que más quereis?

¡Venís a tomar París a viva fuerza! ¡Pero si siempre os lo hemos ofrecido con amor! No hagais cierre las puertas un pueblo que en todo tiempo os ha abierto los brazos. No os forméis ilusiones respecto de París. París os ama, pero París os combatirá. París os combatirá con toda la majestad formidable de su gloria y de su duelo. París amenazado de esa violencia brutal, puede tornarse espantoso.

Jules Favre os lo ha dicho elocuentemente, y nosotros todos os lo repetimos: esperad una resistencia indignada.

Tomareis la fortaleza, os encontrareis con el recinto; os apoderareis del recinto, os encontrareis con la barricada; tomareis la barricada, y entonces tal vez... ¿quién sabe lo que puede aconsejar el patriotismo en desgracia? Encontrareis la cloaca minada volando calles enteras. Tendreis que aceptar esta condena terrible: tomar París pieza a pieza, degollar a Europa, matará Francia en detalle, en cada calle, en cada casa; será preciso apagar esa gran luz alma por alma. Detenéos.

Alemanes, París es terrible. Sed cautos con París. Todas las transformaciones son posibles en él. Sus delicias pueden daros la medida de sus energías; parece dormir y despierta; saca la luz de la vaina como si fuera la espada, y esta ciudad que ayer era Sybaris, puede ser mañana Zaragoza. ¿Acaso decimos eso para intimidaros?

No, por cierto. No se os intimida, alemanes. Vosotros habeis opuesto Galgacus contra Roma y Kørner contra Napoleón; nosotros somos el pueblo de "La Marsellesa", pero vosotros sois el pueblo de los "Sonetos acorazados" y del "Grito de la Espada". Vosotros sois la nación de pensadores que en caso necesario se convierte en una legión de héroes. Vuestros soldados son dignos de los nuestros; los nuestros son la bravura impasible, los vuestros son la tranquilidad intrépida.

Escuchad, sin embargo.

Vosotros tenéis generales astutos y hábiles, nosotros teníamos jefes ineptos; vosotros habeis hecho la guerra hábil más bien que la guerra bri-

llante; vuestros generales han preferido lo útil a lo grande; estaban en su derecho; nos habeis cogido de sorpresa; érais diez contra uno; nuestros soldados se han dejado degollar heroicamente por vosotros que habíais puesto todas las probabilidades en vuestro favor; de suerte que hasta hoy, en esta espantosa guerra, Prusia ha alcanzado la victoria, pero la gloria Francia.

Ahora, fijáos en ello, creéis que os falta dar un último golpe: precipitaros sobre París, prevaleros de que nuestro valeroso ejército, engañado y traicionado, está actualmente casi todo tendido y muerto en los campos de batalla, para arrojaros con vuestros setecientos mil soldados, con todas vuestras máquinas de guerra, vuestras ametralladoras, vuestros cañones de acero, vuestras balas Krupp, vuestros fusiles Dreyse, vuestra innumerable caballería, vuestra artillería espantosa, sobre trescientos mil ciudadanos de pie tras la muralla, sobre los padres que defienden su hogar, sobre una ciudad llena de familias temblorosas, en la que hay mujeres, hermanos, madres, y donde en este momento, yo que me dirijo a vosotros, tengo mis dos nietos, uno de ellos criatura de pecho.

Sobre esta ciudad inocente de esta guerra, sobre esta ciudad que nada os ha hecho más que daros su claridad, sobre este París aislado, soberbio y desesperado, es sobre el que os precipitareis, vosotros, inmensa ola de matanza y batalla; ese sería vuestro papel, bravos hombres, grandes soldados, ilustre ejército de la noble Alemania. ¡ Oh! reflexionadlo.

El siglo diecinueve presenciaria el espantoso

prodigo de una nación civilizada convirtiéndose en salvaje, abatiendo la ciudad de las naciones; Alemania ahogando a París; la Germania levantando su hacha sobre la Galia! Vosotros, los descendientes de los caballeros teutones, vosotros hariais la guerra desleal, exterminaríais el grupo de hombres y de ideas que el mundo necesita, reduciríais a la nada la ciudad orgánica, comenzaríais la obra de Atila y Alarico, renovaríais, después de Omar, el incendio de la biblioteca humana, arrasaríaís el Hôtel de Ville como los hunos arrasaron el Capitolio, bombardearíaís Nôtre Dame como los turcos bombardearon el Parthenon, daríais al mundo el espectáculo de los alemanes convertidos en los vándalos, seríais la barbarie decapitando la civilización.

No, no, no.

¿Sabeis lo que sería para vosotros esa victoria? Sería el deshonor.

¡A! nadie piensa por cierto en espantaros, Alemanes, magnánimo ejército, valiente pueblo, pero tenemos derecho a informaros bien. A buen seguro que no buscáis el oprobio; y yo, europeo, es decir, amigo de París, yo parisien, es decir, amigo de los pueblos, os advierto el peligro que correis, hermanos míos de Alemania, porque os admiro y os respeto, porque sé bien que si algo puede haceros retroceder, no es el miedo, sino la vergüenza! ¡Ah, nobles soldados, qué regreso a vuestra patria! Seríais los vencedores obligados a ir con la frente baja; ¿y qué os dirían vuestras mujeres!

¡La muerte de París, qué duelo!

¡El asesinato de París, qué crimen!

El mundo llevaría luto, a vosotros correspondería el crimen.

Además, una última palabra. París reducido al extremo, París sostenido por toda la Francia en pie, puede vencer y vencerá; y sólo para vuestro daño habríais intentado esa vía de hecho que ha indignado ya al mundo. En cualquier caso, borrad de estas líneas escritas apresuradamente las palabras *destrucción, abolición, muerte*. No se destruye a París. Llegaríase, lo que es difícil, a demolerlo materialmente y moralmente se le engrandecería. Arruinando a París lo santificaríais. La dispersión de las piedras engendraría la dispersión de las ideas. Esparcid París a los cuatro vientos, y no lograríais más que hacer de cada grano de esa ceniza, la semilla del porvenir. Aquel sepulcro gritaría Libertad, Igualdad, Fraternidad. París es ciudad pero París es alma. Quemad nuestros edificios, no son más que osamentas: su humo tomará forma y vida, crecerá hasta hacerse enorme, y subirá hasta el cielo, y se verá para siempre sobre el horizonte de los pueblos, sobre nosotros, sobre vosotros, sobre todos y sobre todo, atestiguando nuestra gloria, patentizando vuestra vergüenza, ese gran espectro formado de sombra y luz, París.

He terminado, alemanes; si persistís, ahora, estais advertidos. Obrad, id, atacad la muralla de París. Bombardeadlo, ametralladlo, que se defenderá. Yo, anciano, estaré allí sin armas.

Me conviene estar con los pueblos que mueren; os compadezco, por estar con los reyes que matan.

París, 9 septiembre 1870.

A los franceses

A este llamamiento de Víctor Hugo, contestaron los alemanes, por medio de su prensa, con ultrajes y amenazas.

“Hængt den Dichter an den Mast aut”, escribían.—“Ahorcad al poeta de un palo.”

Entonces Víctor Hugo se dirigió a los franceses con el documento que sigue:

Hemos advertido fraternalmente a Alemania. Alemania ha continuado su marcha sobre París. Está a las puertas.

El Imperio ha atacado a Alemania, como había atacado a la República, de improviso, traicioneramente; y hoy día Alemania se venga de esa guerra que le ha hecho el Imperio, en la República.

La historia juzgará.

A Alemania atañe lo que hace ahora; pero nosotros, Francia, tenemos deberes para con las naciones y para con el género humano. Cumplámoslos.

El primero de los deberes, es el ejemplo.

El momento por que atravesamos es una gran hora para los pueblos.

Cada uno va a dar la medida de su nivel.

Francia tiene el privilegio que tuvo otro tiempo Roma, que otro tiempo tuvo Grecia: que su peligro va a marcar el nivel de la civilización.

¿En dónde se halla el mundo? Vamos a verlo.

Si ocurriera, lo que es imposible, que sucumbiese Francia, la cantidad de submersión que sufriría indicaría la baja de nivel del género humano.

Pero Francia no sucumbirá.

Por una razón muy sencilla y que acabamos de decir. Porque cumplirá con su deber.

Francia tiene compromiso ante todos los pueblos y ante todos los hombres, de salvar a París, no por París sino por el mundo.

Francia cumplirá ese deber.

Que se levanten todos los municipios, que se incendien las campiñas, que en todos los bosques resuenen voces atronadoras. ¡Somatén! ¡somatén! Que de cada casa salga un soldado, que el arrabal se convierta en regimiento; que la ciudad se transforme en ejército. Los prusianos son ochenta mil; vosotros sois cuarenta millones de hombres. ¡Poneos en pie y soplad sobre ellos! Lille, Nantes, Tours, Bourges, Orleans, Dijon, Toulouse, Bayonnie, estrechad filas. ¡En marcha! Lyon, empuña tu fusil; Bordeaux, toma tu carabina; Rouen, desenvaina tu espada, y tú, Marsella, canta tu canción y sé terrible. Ciudades, ciudades, ciudades, formad bosques de picas, espesad vuestras bayonetas, preparad vuestros cañones; y tú, villa, toma tu horquilla. ¿Que no hay pólvora, que no hay municiones, que no hay artillería? Error. Tenemos. Además los campesinos suizos no tenían más que hachas, los polacos no tenían más que hoces, los bretones no tenían más que palos. ¡Y todo desaparecía ante ellos! Todo es favorable para quien hace el bien. Estamos en

nuestra casa. La estación, la brisa, la lluvia, todo nos ayudará. ¡Guerra o Vergüenza! Quien quiere, puede. Un mal fusil es excelente cuando el corazón es bueno. Un pedazo de sable es invencible cuando el brazo es valeroso. Ante los aldeanos de España, se estrelló Napoleón. Al momento, sin perder un día, sin perder una hora, que todos, ricos, pobres, obreros, burgueses, campesinos, cojan y reúnan cuanto se parezca a un arma o a un proyectil. Rodad las rocas, amontonad los adosquines del empedrado, trocad las rejas de los arados en hachas, convertid los surcos en fosos, combatid con cuanto hayais a mano, tomad las piedras de nuestra tierra sagrada, lapidad a los invasores con las osamentas de nuestra madre Francia. ¡Oh, ciudadanos! con los guijarros del camino lo que le arrojareis al rostro, será la patria.

¡Que cualquier hombre sea Camilo Desmoullins, que todas las mujeres sean Théroigne, que todo adolescente sea Barra! Haced como Boubonnel, el cazador de panteras, que con quince hombres ha matado veinticinco prusianos y hecho treinta prisioneros. Que las calles de las ciudades devoren al enemigo, que la ventana se abra furiosa, que la habitación arroje sus muebles, que el techo arroje sus tejas, que las madres ancianas, indignadas, pongan por testigo sus cabellos blancos. Que griten las tumbas, que detrás de las murallas se sienta al pueblo y a Dios, que por doquiera brote de tierra un soplo de fuego, que toda la hojarasca sea la zarza ardiente. Hostigad aquí, fulminad allí, interceptad los convoyes, cortad los pasos, rompéd los puentes, interceptad

los caminos, hundid el suelo, y que el suelo de Francia bajo las plantas de Prusia se convierta en abismo.

¡ Ah, pueblo ! Héte acosado por el otro. Desplega tu estatura inesperada. Muestra al mundo el formidable prodigio de tu despertar. Que el león de 92 se alce y se erice, y que se vea a la inmensa bandada negra de los buitres de dos cabezas, huir al sacudir tu melena.

Peleemos de día y de noche, peleemos en las montañas, en las llanuras, en los bosques.

¡ Levantáos, alzáos ! Nada de tregua, nada de reposo, nada de sueño. El despotismo ataca a la libertad. Alemania atenta a Francia. ¡ Que al terrible calor de nuestro suelo se funda ese colosal ejército como la nieve ! ¡ Que ni un punto del territorio se sustraiga al cumplimiento del deber ! ¡ Organicemos la espantosa batalla de la patria ! ¡ Oh franco-tiradores, id, atravesad los jarales, pasad los torrentes, aprovechad las sombras del crepúsculo y serpentead en los caminos, deslizaos, trepad, apuntad, tirad, exterminad al invasor ! Defended a Francia con heroísmo, con desesperación, con ternura. Sed terribles, ¡ oh patriotas ! Deteneos tan sólo cuando paseis ante una cabaña, para deponer un beso en la frente del pequeñuelo que en ella duerme.

Pues el niño es el porvenir. Pues el porvenir es la República.

Obremos así, franceses.

En cuanto a Europa, ¡ qué nos importa Europa ! Que mire, si tiene ojos. Puede venir a nosotros, si quiere. Nosotros no vamos mendigando auxiliares. Si Europa tiene miedo, quédese allá

con él. Nosotros servimos a Europa; hélo aquí todo. Que se quede en su casa si bien le parece. Para el terrible desenlace que Francia acepta, si a ello le obliga Alemania, Francia basta a Francia, París basta a París. París ha dado siempre más de lo que ha recibido. Si alienta a las naciones a ayudarle es más en el interés de ellas que en el suyo propio. Que hagan lo que quieran; París no ruega a nadie. Que Europa se porte como grande o como pequeña, cuenta suya es. Incendiad a París, alemanes, como habeis incendiado a Strasburgo. Será más potente la indignación que encendereis en los pueblos, que el fuego que encendais en las casas.

París tiene fortalezas, tiene murallas, fosos, cañones, baluartes, barricadas. cloacas que son minas; tiene pólvora, tiene petróleo, nitroglicerina; tiene trescientos mil ciudadanos armados; el honor, la justisia, el derecho, la civilización indignada, están de su parte; la hornaza roja de la república se hincha en su cráter; por sus lados inclinados corren y se extienden regueros de lava y está lleno, este poderoso París, de todas las explosiones del alma humana. Tranquilo y formidable espera la invasión, sintiendo cómo aumenta el borbototeo de su hervidero. Un volcán no necesita ser socorrido.

Franceses, vosotros combatireis. Vosotros os consagrareis por entero a la causa universal, porque es preciso que Francia sea grande a fin de ser libertada; porque no se puede consentir que haya corrido tanta sangre y se hayan blanqueado tantos huesos, sin que salga de ello la libertad, porque todos los hombres ilustres, Leónidas, Brutus, Ar-

minius, Dante, Rienzi, Washington, Danton, Riego, Manin, os rodean valerosos y sonrientes; porque es ya tiempo de hacer ver al universo que existe la virtud, que existe el deber, que existe la patria; y vosotros no desfallecereis, y vosotros ireis hasta el último extremo y el mundo sabrá por vuestra obra que, si la diplomacia es cobarde, el ciudadano es valeroso; que si hay reyes, también hay pueblos; que si el continente monárquico se eclipsa, la República resplandece, y que si por un momento deja de existir Europa, hay una Francia que siempre existe.

París, 17 septiembre 1870.

Hay seres débiles moralmente que viven siempre buscando el apoyo de los demás, sin la ayuda de los cuales no se sienten con valor de vivir. Esto es un defecto de la educación, que es susceptible de corregirse en los primeros años de la vida. La salvación de estos presuntos desgraciados es el hábito del trabajo. El trabajo es el redentor de la humanidad.

MANUEL QUIJANO HERNANDEZ

(Revista de Enseñanza, San Salvador.)

La casa y la riqueza la dan los padres; una mujer buena es un dón del Señor.

Eclesiástico. (VII—XXI)

Una lágrima

Una aurora de junio. Un cerrillo mezquino,
seco, drido y desnudo, orillas de un camino.

Tierra ingrata en que el brezo vegeta a duras penas,
bebiendo sol, comiendo polvo, chupando arenas.

Sobre la hoja hostil de una silvestre higuera,
mendiga, a esperar agua nacida en la ladera,
la aurora ha desprendido, compasiva y divina,
una lágrima etérea, enorme y cristalina.

Tan ideal y tan limpia lágrima aquella,
que era, de cerca, un ópalo; de lejos, una estrella.

Pasa un rey, con su noble cohorte en seguimiento;
yelmos, lanzas, clarines, treinta enseñas al viento.

—“En mi diadema, dice, parándose a mirar,
hay zafiros sin cuento y diamantes sin par;

“rubíes orientales, sangrientos y dorados,
como besos de amor que arden, cristalizados.

“Hay perlas que son gotas de la amargura inmensa
que derrama la luna y que la mar condensa;

“pues mis brillantes perlas y rubíes de Ofir,
yo te los doy, y ven ¡oh lágrima a lucir!

“en mi corona augusta, olímpica y suprema,
Viendo el orbe a tus piés, desde tu diadema”.

Y la lágrima etérea, celeste y luminosa,
oyó, miró, tembló; se quedó silenciosa.

Acorazado en hierros, épico y deslumbrante,
pasa, sobre su potro, un caballero andante.

Y dice así, mirando la lágrima irisada:

—“Ven, por Cristo, a brillar en la cruz de mi espada!

“¡Te haré reverberar de victoria en victoria,
por tierra Santa, al sol de la Fe y de la Gloria!

“¡Y a mi vuelta, la amada de mis noches, el astro,
te colgará en su cuello de rosa y de alabastro!

“Y alumbrarás así, con tu dulce esplendor,
los combates del héroe, los sueños del amor.”

Y la lágrima etérea, celeste y luminosa,
oyó, miró, tembló... se quedó silenciosa.

Montado en una mula parda, haciendo camino,
pasa un viejo judío, avariento y mezquino.

Detrás de él, otras mulas le llevan su tesoro,
grandes arcas de cedro, los vientres llenos de oro.

Y el viejucu andrajoso, la figura pequeña,
la cabezuela calva, la nariz aguileña,

viendo la estrella, exclama: —“¡Válme Dios, cómo brilla!
¡No vi, en todos mis días, tan grande maravilla!

“Con mis montones de oro podríanse comprar
los tronos de los reyes, los navíos del mar.

“¡Mas por este diamante espléndido, trocara
todos mis montes de oro mi vieja mano avara!”

Y la lágrima etérea, celeste y luminosa,
oyó, miró, tembló... se quedó silenciosa.

Entonces, a sus piés mismos, un cardo agreste
dijo así, contemplando la lágrima celeste:

—“La tierra, en que la rosa y la azucena medra,
para mí tuvo siempre un corazón de piedra.

“Si a quejarme, alzo al cielo, mis aristas, acaso,
me manda el cielo, en paga, el fuego en que me abraso.

Nunca, a mi lado, alegres tropas enamoradas
cantando, desfilaron en noches estrelladas...

"Las aves pasan altas, lejos se va el amor;
porque ¡ay! nunca dí sombra y nunca tuve flor.

"¡Oh lágrima de Dios, astro, perla, luz, gema,
cae en la aridez de esta desolación suprema!..."

Y la lágrima etérea, celeste, luminosa,
tembló, tembló, tembló, ... y cayó silenciosa.

Y algún tiempo después, el cardo consumido,
reverdeciendo, daba un capullo encendido,

de un ojo macerado, y dorado y deshecho,
como las llagas que tiene Cristo en el pecho.

Y del cáliz virginal de aquella flor bermeja,
iba a buscar, zumbando, miel dorada una abeja...

GUERRA JUNQUEIRO.

Despertar la atención, perfeccionar el uso de los sentidos, ejercitar por una gradación natural el empleo de las facultades de la inteligencia, inculcar el hábito de la observación, formar el gusto de la experiencia, enseñar el amor de la verdad y la curiosidad de penetrar en lo desconocido; hé aquí, —y no el fatigoso y embrutecedor ejercicio de sólo la memoria— lo que la escuela puede y debe dar con sencillez y placer, sin intimidación ni fatiga, a la mente del niño, y eso puede, en lo general, levantar muy alto el nivel intelectual de la generación naciente.

SALVADOR CAMACHO ROLDAN

El esplendor del crepúsculo

LA Naturaleza tiene mil medios de manifestar su belleza; pero las manifestaciones más nobles de su potencia de color están en esos crepúsculos que se hunden entre elevadas nubes. Me refiero especialmente al momento anterior a la puesta del sol, cuando su luz se vuelve de color de rosa puro, y decae sobre un cenit poblado de nubes, de innumerables formas de inconceivable delicadeza, láminas y fibras de vapor que, a la luz del día, serían tan puras como la blanca nieve y que dan hermoso fondo a los matices de luz. No hay, pues, límite, para la multitud de colores reunidos ni obstáculos a su intensidad. Todo el cielo, desde el cenit hasta el horizonte, se torna un mar cubierto de color de fuego; cada nube oscura se vuelve oro macizo, cada rizo y cada ola conviértese en inmaculado carmesí fulgente, en púrpura y en escarlata y otros colores para los que no hay palabra en el lenguaje ni ideas en el entendimiento; son cosas que sólo pueden concebirse cuando se ven; y la intensa cavidad azul de los altos cielos se funde por todas partes, mostrándose ya profunda y pura y sombría, hasta confundirse imperceptiblemente en el carmesí y en el oro.

JOHN RUSKIN

La agonía de las rosas

BAJO el atardecer, frente al viejo jardín donde aprendí, siendo niño, el sentimiento de las cosas frágiles, mi alma mira la agonía lenta de las rosas y piensa mi alma que las rosas mueren muy dulcemente, sin esa vulgaridad enloquecedora de los hombres. Yo conozco mucho este viejo jardín que las manos de mis abuelos cultivaron, cuando en sus corazones florecía el amor, y quién sabe si en las mismas horas de crepúsculo en que he venido a él para dar a mi espíritu el alimento del perfume, de la suavidad y del silencio, esos abuelitos se dieron muchos besos bajo estos mismos castaños donde yo he soñado muchas cosas! Y quién sabe si ellos en su afán de llenar la copa de cristal de la vida y del amor, no se apercibieron de esta agonía tan suave de las rosas.

Seguramente que ellos mismos en sus idilios apresuraron la muerte de muchas flores recién abiertas, y seguramente que, por descuido o por falta de refinamiento espiritual, no llegaron a gustar la dulzura de esa muerte. Ah! entonces hubieran comprendido, como yo comprendo ahora, qué fastidiosa y qué vulgar es la muerte de los hombres, en un rincón penumbroso y solemne, sin ver el cielo, sin sentir una caricia de aire tibio y de perfume que refresque la última congoja de la vida.....

Una rosa muy blanca que me recuerda las manos de una novia de la infancia, se está poniendo pálida, tan pálida que da tristeza verla. Ya casi va a morir, porque ha inclinado su blancura hacia la tierra, como para entregar a la tierra el postrer secreto de la vida, que nosotros los hombres—a pesar de ser hombres—no hemos podido descifrar; ya casi va a morir, porque una flor vecina la está llorando. Allá, hacia la mitad del jardín, están agonizando unas rosas azules... así eran de azules los ojos de otra novia de mi adolescencia. Pobrecitas..... Se están poniendo también muy pálidas, y en su agonía de dulzura y de paz parece que se interrogan entre sí. Y allá en el rincón oscuro donde se ha muerto el sol, han agonizado y continúan agonizando muchas rosas—azules, blancas y rojas.—Pero todo en silencio, muy en silencio, muy en silencio; sintiendo el dardo invisible de la muerte, sin dar un grito, sin desesperación, sin sobresalto y arrojando por la herida abierta toda la sangre de sus venas: el perfume. Así, en silencio, en un silencio que sólo interrumpe de cuando en cuando el balido de una oveja del prado cercano, el murmurio del hilillo de agua y el quejido de una y otra hoja seca que cae.

Así..... ¡oh, qué grato morir así, en el mayor silencio, viendo el cielo, sintiendo la caricia del aire, sin que nada nos dificulte la muerte!

¡Ah! si los hombres pudiéramos entregar a la tierra el último aliento de la vida así como las rosas! ¡Qué dulce sería la agonía de los hombres!

La senda del amor

COMEDIA PARA MARIONETTES

I

POETA—Todo mi pensamiento érais vos, al componer esta comedia, no fué tortura del ingenio, sino expresivo desbordar del corazón; ni Aristóteles ni nuestro buen *Boileau* me impusieron su preceptiva rigurosa; toda mi retórica, todo mi arte, fueron vuestros ojos, donde juegan burlones los amores; vuestros labios, que niegan crueles los besos a que incitan, la luz color de rosa, que ilumina vuestra blancura, vuestras manos, que imponen respeto a los brazos; pudorosas como de santa virgen; los rizos que risotean el oro juvenil bajo la postiza severidad empolvada, como chicuelos traviosos que se burlan del ayo gruñón. Escuchad, Marquesa: el ingenio sólo puso sobre el amor en mi comedia, algo así como el lunar que oprimís entre vuestros dedos, dudosa de si el adorno añadirá a quitará un encanto a vuestra hermosura...

MARQUESA—Dudosa al colocarlo.—Tomad, a vuestra elección lo dejo... Y empiece la comedia.

II

LEANDRO—No tiembles. Está muerto.

CELIA—¿Qué hicistes?

LEANDRO—Me disputaba tu cariño...

CELIA—¡Un hombre muerto! ¡Por mí! ¡Y unos viejos que lloran por nosotros!

LEANDRO—Se oponían a nuestros amores... No recuerdas, Celia mía. Mírame, habla o calla; pero nuestras palabras o nuestro silencio sea sólo de nuestro amor... Nadie nos sigue. Nadie llegará hasta aquí. ¡La vida entera, el mundo entero para nuestro amor! (*Entra polichinela.*)

POLICHINELA—¡Oh loco, loco y desatentado joven que así desoyes la experiencia y quieres padecer por tí mismo, la vida que otros hemos padecido para que tú lograras el fruto... Vuelve en tí...

LEANDRO—Vuelve al demonio, viejo consejero, con tu experiencia... (*Le mata.*)

CELIA—¡Leandro!

LEANDRO—No vuelvas a mirarle... (*Isabela entra*)

ISABELA—¡Ah, Leandro, Leandro!... ¡Crees amar por vez primera? Repites la lección que conmigo aprendiste... No, no dirás nada nuevo... ¿Te acuerdas? Las mismas frases vulgares, que entre nosotros al principio parecían sagradas como de rito misterioso, porque un destello celestial las animaba... Después... eran cuerpos sin alma, oraciones sin fe, rito sin creencia... Extinguido el amor, "te amo" parecía más indiferente que cuando el amor con divina apoyadura pronunciaba palabras insignificantes... ¡Hermosa noche! El Rey está enfermo. Madame Du Barry ha cambiado de amante... ¡No lo olvides, Celia, no lo olvides!...

LEANDRO—¿Y merecías amor eterno? ¡Mujer engañadora; cruel, falsa!...

ISABELA—¡Sí, todo eso!... Así muero por tí... (*Desaparece.*)

CELIA—Corre hacia el lago... se acerca a la orilla... Leandro...! ¡Huye de mí!...

LEANDRO—No, Celia mía!

CELIA—¡Déjame! Por mí lloro más que por ella...
Juraste amor eterno...

LEANDRO—Faltó el amor, alma del juramento; porque mi alma es sólo tuya, tuya por siempre...

CELIA—¡Así la dirías tantas veces! Déjame llorar.

LEANDRO—Llora, sí; dulces besos los que pueden secar lágrimas... Pero no temas, sígueme... ¡La vida entera, el mundo entero para nuestro amor!

CELIA—Es imposible nuestra felicidad. ¡Tanta sangre, tantos muertos, tantas lágrimas!

LEANDRO—¿Sabes de alguna dicha que cueste menos?

III

POETA—¿Qué os ha parecido mi comedia, Marquesa?

MARQUESA—Los muñecos son muy graciosos y muy lindamente vestidos, y el bribón de vuestro paje se da muy buena maña para manejarlos... ¿qué edad tiene?

POETA—Dieciseis años.

MARQUESA—Pues da mucho sentido a lo que dice... Le aseguro buena suerte con las damas... ¿No lo creéis?

POETA—Nó... Porque mañana lo envío a su pueblo.

—MARQUESA—Nó, porque desde hoy le tomo a mi servicio... ¿No es esa la moralidad de vuestra comedia? En la senda del amor no debe uno demorarse por los muertos...

POETA—Pues a vivir, Marquesa...

JACINTO BENAVENTE

Madrid-1917.

La paz de la tierra

PAISAJES NUESTROS

EN el corazón de la montaña. Una garganta olvidada que se abre como una ceja, en medio a moles imponentes, en lo más repuesto de una de nuestras grandes cordilleras. Por la quebrada abajo, camino del lejano valle, va corriendo humilde un río sin geografía, fresco y familiar. Filas de altos anacos floridos marcan de rojo los jugosos bordes por donde risueño pasa. Límpidas, olorosas a selva, descienden las aguas; arriba, bien arriba, rimbomban aún los atambores de sus dianas sonoras, al saltar por sobre las rocas en el lecho hosco y bravío, y ya más abajo, cuando la pendiente es suave, son risas de mujer y chisporroteo de cascabeles entre las piedras fáciles. A veces forman remansos. Dos o tres apenas antes de llegar al valle. A todas horas quietos y serenos, se están allí como espejos de paz. El agua al caer en ellos se llena de sueño y de silencio, y el cielo azul y el verde de los árboles tienen al copiarse prestigio de milagro. Las libélulas, decoradoras fieles de los estanques, rayan con sus alas

vivaces y zumbonas las riberas sembradas de matas. Hay también hojas secas que caen, y al centro, sobre la superficie callada, como ruedas de que fuesen radios las patas finas y rígidas, resbalan cruzándose las rojas arañas del agua.

La tierra del trópico canta su eterna canción otoñal.

Un camino sube por la ribera derecha. Al cabo de él, en una exigua mancha de grama blanquea una casa. A esta hora el sol va cayendo, y el calor se hace menos áspero. Sin sentirlo casi, y con tal que sea espaciosamente, se puede trepar hasta allá. Teje la senda su espiral, y busca cariñosamente el suelo mejor de cada vuelta. Subiendo siempre, va llegando lenta por entre maizales ya cabelludos, alguna mata escasa de cañas de azúcar, y plantíos de yuca de un verde ralo y sucio. En el aire se levanta un rumor hojoso y cálido de cosecha fecunda: la bendición de Dios, que cae en el surco.

Detrás de la casa, en la huerta, entre el verde más vivo de las cebollas, los repollos bonachones prosperan. En el patio un ají cargado del encendido y picante fruto, un rosal que no tiene ahora rosas y cuatro caracuchos campesinos, todos alegres y siempre creciendo al amor del sol. No lejos, el árbol de lujo de los campos, la tradicional ceiba verde, alta y noble como antigua señora.

Son las tres y media. Dentro de la soleada salita de la casa modesta suenan voces que hablan.

La abuela, la vieja mujer del abuelo, hila el torno, en un rincón, al fondo. La rueda gira perezosamente como una mole torpe, por encima de la cabeza canosa, de contornos humildes y pacientes. Está ciega la abuela. El torno da vueltas y más vueltas, al ritmo incierto del pie sobre el tosco pedal. Y ella hila perpetuamente, eternamente. Tal vez ha hilado allí su vida toda, y a fuerza de hilar se ha hecho ya una rosca, cada vez más encorvada sobre el uso. En el suelo apisonado y limpio, el sol define radiosamente el marco de la puerta y deja en respetuosa sombra el torno y su anciana hilandera. Entrecerrando los ojos para esfumar más aún la figura, parece que el torno es el que mueve a la vieja, y que ella se deja mover, prendida a él como a último arriño que le hubiera quedado en el rodar del tiempo.

Rosa, la nieta, belleza morena, fresca y sin afeites, alegra la casa con su ir y venir de fiesta, y su voz de mañana cristalina. Trasiega por todas partes preparando la comida del esposo que trabaja en el campo y ha de venir ya. Anda vestida de casa: sobre el seno alto, abierta candorosamente la clásica camisa, pancho burdo la falda y al pie ceñida la alpargata humilde de la tierra.

El abuelo está sentado al pié de la puerta, las enormes manos ásperas que le dió el trabajo reposando patriarcalmente sobre las rodillas ya débiles. No hace nada, y mira afuera al paisaje. Su rostro es plácido y tiene la nobleza de una buena vida.

—Válgame Dios, abuela, no hile más! Para qué? A la noche la fatiga le viene, y no duerme.

Y los ojos negros de Rosa están llenos de caricioso regaño al posarse sobre la anciana, cuya boca oscura se abre para contestar serenamente:

—Es mi gusto, hija. Déjame.....Después..... Cuando el tiempo de dormir ya venga.....

Y el torno sigue sin afán, pausadamente, su música de paz y de costumbre. La vieja es una niña y el torno es una cuna que arrulla a su modo.

Se tarda Manuel, piensa el abuelo. El sol va por filo de las cuatro. Ha de haber mucho qué hacer, gracias a Dios.

—Hija, que es una perla el mozo para el trabajo! Guapos como él pocos, y como no es parrandero, su tiple sólo puntea para tí. Desde que se casó, que ya va para tres meses, no ha vuelto al pueblo sino es los domingos a misa, no es así?

Las mejillas de Rosa se encienden, y los labios tiemblan de orgullo agradecido al decir al abuelo:

—Usté también era lo mismo. Eso no es

gracia. Y no se lo vaya a decir, porque me lo vuelve que quién lo aguanta después.....

Y mientras eso discurren los labios, van repitiendo los ojos, que son labios también y hablan mejor:

—¡Anda, abuelo, dícelo, que bien se lo merece!

Y el abuelo, que sonríe mirándola:

—Sabes que tienes que comprarte una muda bien pomposa, para que estrenes en la pascua que viene? Y cómo se quedará aquél cuando te vea, mesma como la Virgen de lo puro buena moza!

Sigue el viejo sonriendo. La vieja también sonríe, porque ha oído la conversación, y no hila ya por volver a la muchacha los ojos sin luz en que sólo mira el alma.

Rosa, grave y risueña a la vez:

—.....Me voy! no faltaba más. Ustedes están chochos.

Sale al mismo tiempo, y Manuel viene. La ceiba protectora del patio disimula un abrazo. Regresan a la casa cogidos el uno del otro.

Un banco hecho de unos cuantos hachazos y que Rosa aproxima a la puerta, cerca del abuelo, ofrece a poco la comida campesina de media tarde.

A poniente, el sol que descende toca ya la cumbre más alta; el cielo continúa limpio y promete una noche hermosa. Bajo la suave luz amarilla brilla más, allá, en el río, la púrpura de los anacos en flor. Sus ramos parecen

vivas copas simbólicas, que se elevan abiertas al cielo, para recoger la calma azul de la altura y darla luego a beber a los hombres.

II

Atardeció. Ha rodado ya el sol detrás de la cumbre. Una nube se quedó sola y alta por cima de la montaña. Pero de los incendios lejanos del astro trepan dorados resplandores a bordar gloriosamente sus crestas movibles.

De la quebrada toda está huyendo la luz. La sombra es azul y se alza densamente. Emerge de lo más hondo de la garganta como una emanación melancólica de la tierra, y sube cargada de sugerencias espirituales. Profunda en las hoquedades dormidas del bosque, tiene serenidades claras en los escampados altos, y al ascender por la ladera, entre los plantíos que el ambiente tibio de la noche besa. Empiezan a apuntar en el espacio las primeras estrellas, y vagamente blanquean el aire sus fugaces resplandores. Cantan los grillos entre las piedras y matas bajas. Una chicharra rezagada entona todavía su salmodia de cuaresma en alguna copa de árbol. Aquí y allá ladran perros, y su ladrido se despoja en la lejanía de los tonos altivos, viniendo a vibrar en el oído con dulce nostalgia..... En el ensoñado paisaje se desparraman amplias y solemnes las voces del río.

Las gallinas, que se acostaron temprano, disputan aún, picoteando, el puesto mejor en el encañizado lecho.

Rosa apartó ya con melosa maña el ternerillo de la vaca, la buena Paloma, que se quedó allá, en el pastal, mirando con sus ojazos mansos la ladrona faena.

Una vela alumbra en la sala. Está abierta la puerta, y mira afuera, al campo, como el ojo alegre y tibio del hogar pastoral.

Bulle la toma doméstica en su pozuelo de piedra. El gotear de su sonata queda dulce en el aire, como en una caja sonora de sutiles afinaciones.

Tejado arriba trepa el humo de la cena.

La vieja no hila, y está sentada al lado del viejo, en el suelo del patio.

Bien arrimados el uno al otro, en el evocador silencio del presente místicamente confiado, sueñan con los días lejanos del vigor y de la vida. El aire de la noche campesina echa sobre el grupo plácido sus ráfagas de voluptuosa frescura, sus eternos, extraños ruidos de selva, y las bocas silentes se entreabren para recibirlos con gesto beato.

Manuel ha regresado ya de la tarea última del día. Quita a su buey la pesada carga de frutos que en el sembrado escogió, y los tercios ruedan a uno y otro lado de la mansa bestia con el ruido sano de las cosas honradas.

—Allá, quieto, Coronel! Cae la voz de Manuel sobre el viejo perro, que los años han hecho casero y no acaba sus salameras salutations de bienvenida. Allá! Coronel! Así.....

Rosa, que ha salido del interior, habla a los viejos de espaldas al lado por donde Manuel viene. Hace ademán de sentarse, y Manuel —ciñéndola para que no se vuelva—avanza las manos adelante y le tapa con ellas los ojos.

—A que no adivinas?

.....

—A que sí?

Bajo las enormes manos toscas, la piel suavemente morena de la mujer es como más débil, como más femenina, y los labios, más vivos aún como llenos de caricias.

—Será papá abuelo? Será.....

—Tampoco?

Las palabras languidecen, enervadas de placer.

—....No más. Remata la voz de Rosa, erguida de pronto, los sonrientes ojos hostiles.

—Y las manazas!

—Ahora no te miro, pesado!

Manuel ríe con risa espontánea de dicha. Ha dejado resbalar los brazos y ciñe estrechamente a Rosa. Rosa devuelve el abrazo, echando atrás los suyos, para cerrar, las manos unidas, el tronco robusto del mozo.

—Te he subido muchas cosas para la despen-

sa. Allá quedaron los tercios orillados. De todo: hay mazorcas, hay.... No me oyes, Rosa?

Ella, que se ha vuelto a mirarlo:

—Trabajaste hoy mucho?.....Presta!

Saca un pañuelo, y le enjuga la cara con movimientos lentos de caricia. El se deja hacer, y ella acaba por doblar la cabeza sobre el pecho ancho del campesino, con un gesto de confianza abandonada y feliz.

La amarilla lumbre de la salita dibuja suavemente las figuras, que están ahora dentro del cuadro iluminado.

Hay silencio. En los dos viejos está pintada una sonrisa de abuelo, dulce y benigna.

Rosa, que se vuelve a ellos:

—Voy a traerles la cena. Ya debe estar.

Váse, para volver a poco con la humilde merienda, que despide de sí humos jugosos de salud.

Han de ser ya cerca de las ocho. Han empezado en el aire sus danzas fantásticas las luciérnagas y por el lado del cañar abren los cocuyos sus ojos violados. En el cielo asoman más y más estrellas y en los claros que quedan, si se detienen atentos los ojos, se alcanzan todavía a ver algunas, que apenas se apuntan como azules cabezas de alfileres invisibles. Es un hervidero de lumbre. El firmamento de una noche del trópico, que se tiende sobre esa tierra caliente, diáfano y prodigioso como el decorado manto de un mago.

Cae la fresca luz como un rocío de calma sobre el campo en que el cielo del día echó todo su sol, y la tierra agradecida es un salterio que busca para responder al luminoso canto de arriba las notas puras del idilio primero.

En el corro familiar, acabada ya la cena, Manuel afina el tiple. Hay algo de devoto orgullo en el cuidado con que va buscando las notas que mejor suenan en el viejo compañero de las fiestas, del amor y de los sueños.

Rosa, que está absorta en el cielo hace ya rato, se vuelve para mostarlo al embebido tañedor:

—Míra, Manuel, parece cosa de encantamiento. Fíjate cómo parpadean los luceros. Válgame Dios! Y qué, si no se alcanza a verlos todos, de lo puro que son!

—Es que no hay luna, sigue Manuel, y por eso salen tantos. A alumbrar ellos. Y si nó ¿pues qué gracia tuviera la noche?

El abuelo, como en un pensamiento continuado:

—Y porque los manda Dios.

La abuela levanta la cara al cielo, que en sus pupilas es oscuro pero también alumbrá. Manuel mira los ojos que brillan arriba y los brillantes ojos de Rosa y canta:

Los luceros en el cielo
dicen que Dios repasó,

y le faltaron tus ojos
que luceros también son.

Como Rosa está sentada muy junto de Manuel, los cuerpos se tocan y las caras están frente por frente. La copla ha sonado en los oídos de Rosa, y ha dejado de mirar al cielo; que el cantar aquél sabe también a gloria.

Su mirada que brilla mucho, porque es enamorada y está húmeda, va como un beso, derecha a los labios que cantan. Estos tiemblan al recibirla, y la voz emocionada y viril sigue vibrante en la noche:

...Hay en el cielo por miles,
en mi vida apenas dos...
¡Qué a mí los dos no me falten
y aunque le hagan falta a Dios!

La noche avanza.

Comienzan sus pregones los gallos tempraneros.

El concierto nocturno se hace dulcemente sugestivo en la quietud solemne del paisaje.

Las estrellitas del cielo
alumbran de dos en dos...

Suenan vagamente las últimas voces de Manuel.

Y en el dombo azul la Vía láctea se enarca triunfal, cobijando blanca la paz de la tierra.

EMILIO PRADILLA

(Colombia, Medellín.)

Página bíblica

Fué en la modesta casa de Simón el Leproso,
en Betania la humilde y en muy lejano día....
Borró a Betania el tiempo, que vuela silencioso,
pero su nombre queda cual viva poesía.

Jesús amó a Betania y allí con sus amigos
se hallaba; un coro amable tenía rodeado,
mientras Marta servía los dátiles, los higos,
y acaso en limpios vasos un vino perfumado.

Jesús la hora cercana de angustias presentía
y una letal tristeza nublábale la frente,
cuando se abrió la puerta y una mujer, María,
entró como la brisa rumorosa y oliente.

Como brisa del campo que recogió en las lomas
y en los valles floridos matinales fragancias,
así vino. En las manos trajo un pomo de aromas
y al romperlo llenáronse de su olor las estancias.

Ungió con nardo fino los santos pies ligeros
y hoscó rumor entonces sonó en la sala:—¿Cómo
no se vendió ese unguento por trescientos dineros
y se les dió a los pobres todo el valor del pomo?

Y dijo el Justo entonces, dulcísima y serena,
esta palabra: "Pobres tendrá la tierra obscura
y yo me voy; ella hizo conmigo una obra buena,
pues de una vez me ha unguido para la sepultura."

Y dijo más: "Os digo que por el ancho mundo
su acción vivirá siempre con la memoria mía."
Si Marta fué hacendosa, tu corazón fecundo
fué una divina fuente poética, María....

Mujer, es claro el símbolo de esta historia de gracia:
más blanca y más hermosa será tu linda mano
si con amor sincero buscas en la desgracia
y unges la frente pálida del abatido hermano.

240

Abanico de Rayos

MISTU-VÖGI (Abanico de Rayos), era célebre entre las grandes oiráns, (*) y lo era tanto por su belleza, por su extraordinaria coquetería y por su lujo, como por el refinamiento de sus amores, y, sobre todo, por su arrogancia cruel unas veces, zalamera otras. Fingía fingiendo que no quería, o simulaba arranques desordenados de pasión sin que nunca su corazón apresurase o disminuyese la velocidad de sus latidos. Devoraba las fortunas, y luego arrojaba al hombre arruinado como se puede arrojar una cáscara de melón.

Una tarde le anunciaron que una mujer deseaba verla para ofrecerle alfileres de coral para el pelo, primorosamente trabajados, y como precisamente quería comprar adornos de esa clase, Abanico de Rayos permitió a la vendedora que entrase.

Entró una mujer delgada y pálida, y con gesto brusco le presentó un cofrecito de alfileres que temblaba en sus manos, mientras clavaba en la hermosa oirán una mirada ávida y enloquecida.

Esta, algo sorprendida, se probaba los alfileres, cuando de pronto la mujer cayó al suelo desvanecida y dando un grito.

Se apresuraron a cuidarla para que volviese en

(*) Cortesanas japonesas.

sí, y en cuanto hubo recobrado el conocimiento, Abanico de Rayos hizo salir a todas sus sirvientas.

Por la extremada distinción de su persona, por la elegancia del traje y por la nobleza de sus ademanes, la cortesana había adivinado que no era una vendedora.

—Noble mujer—le dijo—, ¿qué venís a hacer aquí? ¿Qué clase de sufrimiento es el que os quita el color, y en qué puedo serviros?

—Venía a suplicaros que me devolviédes a mi esposo—exclamó sollozando la extranjera—; pero al ver vuestra triunfante belleza he comprendido que tienen razón para preferiros a todas las demás, y el único consuelo que me queda es la muerte.

—Decidme el nombre de vuestro esposo—respondió Abanico de Rayos,—y os juro que no le recibiré más. No dudéis de mi palabra; es la primera vez que juro formalmente, y tened la seguridad de que cumpliré mi promesa. Y ahora, no santificuéis por más tiempo con vuestra presencia este impuro lugar.

La triste esposa se fué algo consolada, y la loca oirán cumplió rigurosamente su promesa.

Como si tuviese miedo de olvidarla, llevaba siempre adornando sus cabellos los alfileres de coral que la honrada mujer le había dejado.

Y el amante despedido, a pesar de que hizo cuantos esfuerzos pueden imaginarse, no la volvió a ver.

Pasados algunos meses, Abanico de Rayos se hallaba una mañana en su jardín haciendo música, cómodamente sentada a la sombra de los frondosos árboles, cuando vió que, salvando el arroyuelo por el puente de laca y púrpura, la misma mujer avanzaba en compañía de tres niños pequeños.

Su palidez había aumentado, y sus facciones parecía que se hundían más aún.

—Ya me había figurado—le dijo—, que de vuestro amor no se curaba fácilmente. Habéis cumplido fielmente vuestra promesa; pero el mal, en vez de calmarse, ha empeorado. La desesperación se ha apoderado de vuestro amante, y sin veros no os borráis un instante de su pensamiento y los celos le devoran cruelmente. La idea de que no os ve, mientras otros gozan de vuestra presencia, le es intolerable, y vengo a devolveros vuestra palabra, a suplicaros que concedáis de nuevo vuestras gracias al desgraciado que está muriendo, siquiera sea para conservar el padre a estas pobres criaturas.

Y hacía que los niños adelantasen a la cortesana. Y los pobrecitos estaban avergonzados mientras ella, estupefacta, los atrajo con cariño y los contempló largo rato. ¡Tal vez no había visto nunca niños!

Un velo de honda tristeza cubrió su hermoso rostro y apagó la sonrisa de sus labios, y después de largo silencio dijo, como si hablase consigo misma:

—He ahí la carne tierna y suave que sin saberlo devoramos al fundir con el fuego de nuestros besos la fortuna de los padres. ¡Oh! ¡Somos unos monstruos inconscientes!

Y los ojos se le llenaron de lágrimas cuando se fijó en la dolorida esposa que tanto había llorado por ella.

—Puesto que los celos le consumen y que no puede librarse de ellos, decid al esposo infiel que venga aquí mañana. Me verá, pues quiero que sus celos acaben.

Al día siguiente, el enloquecido amante contempló una muerta; una muerta completamente blanca y tendida en la suntuosa cama.

Abanico de Rayos había tomado un veneno; pero antes había escrito las siguientes líneas en su abanico:

¿Qué supone la existencia de una cortesana si se compara con la de una noble familia?

Yo he cumplido con mi deber. Que tu mujer y tus hijos te dicten el tuyo.

JUDITH GAUTHIER.

(*Esfinge. Tegucigalpa.*)

Himno nocturno

(*Versión de M. R. Blanco Belmonte.*)

CUÁN dulcemente duerme la clara luna sobre este banco! De la noche la calma parece concertarse con los acordes de la dulce armonía. Siéntate aquí, Jesica. Mira cómo la bóveda del cielo está por todas partes incrustada de luminosos discos de oro. De todos estos globos que tú contemplas, por pequeños que sean, no hay uno solo que al moverse no cante con voz angélica, en perenne concierto con los querubes de ojos fulgentes. Semejante armonía también existe dentro de nuestras almas inmortales; pero mientras la arcilla precedera las envuelva y las cubra con tosca veste, jamás oírla podremos.

WILLIAM SHAKESPEARE

La luna

Yá del Oriente en el confín profundo
la luna aparta el nebuloso velo,
y leve sienta en el dormido mundo
su casto pié con virginal recelo.

Absorta allí la inmensidad saluda,
su faz humilde al cielo levantada,
y el hondo azul con elocuencia muda
orbes sin fin ofrece a su mirada.

Un lucero no más lleva por guía
por himno funeral silencio santo,
por solo rumbo la región vacía,
y la insondable soledad por manto.

Cuán bella, oh Luna, a lo alto del espacio
por el turquí del éter lenta subes,
con ricas tintas de ópalo y topacio
franjando en torno tu dosel de nubes!

Cubre tu marcha grupo silencioso
de rizos copos, que tu lumbre tiñe;
y de la Noche el iris vaporoso
la regia pompa de tu trono ciñe.

De allí descende tu callada lumbre
y en argentinas gasas se despliega

de la nevada sierra por la cumbre,
y por los senos de la umbrosa vega.

Con sesgo rayo por la falda oscura
a largos trechos el follaje tocas,
y tu albo resplandor sobre la altura
en mármol torna las desnudas rocas;

O al pie del cerro do la roza humea,
con el matiz de la azucena bañas
la blanca torre de vecina aldea,
en su nido de sauces y cabañas.

Sierpes de plata el valle recorriendo,
vense a tu luz las fuentes y los ríos,
en sus brillantes roscas envolviendo
prados, florestas, chozas y plantíos.

Y yo en tu lumbre difundido, ¡oh Luna!
vuelo al través de solitarias breñas
a los lejanos valles do en su cuna
de umbrosos bosques y encumbradas peñas

El lago del desierto reverbera,
adormecido, nítido, sereno,
sus montañas pintando en la ribera,
y el lujo de los cielos en su seno.

Oh! y estas son tus mágicas regiones,
donde la humana voz jamás se escucha,
laberintos de selvas y peñones
en que tu rayo con las sombras lucha;

Porque las sombras odian tu mirada;
hijas del caos, por el mundo errantes;

náufragos restos de la antigua Nada
que en el mar de la luz vagan flotantes.

Tu lumbre, empero, entre el vapor fulgura,
luce del cerro en la áspera pendiente,
y a trechos ilumina en la espesura
el ímpetu salvaje del torrente;

En luminosas perlas se liquidá
cuando en la espuma del raudal retoza,
o con la fuente llora, que perdida
entre la oscura soledad solloza.

En la mansión oculta de las Ninfas
hendiendo el bosque a penetrar alcanza
y alumbra al pie de despeñadas linfas
de las Ondinas la nocturna danza.

A tu mirada suspendido el viento,
ni árbol, ni flor en el desierto agita:
no hay en los seres voz ni movimiento;
el corazón del mundo no palpita...

Se acerca el centinela de la Muerte,
¡hé aquí el Silencio! Solo en su presencia
su propia desnudez el alma advierte,
su propia voz escucha la conciencia.

Y pienso aún y con pavor medito
que del Silencio la insondable calma
de los sepulcros es tremendo grito
que no oye el cuerpo y que estremece el alma.

Y a su muda señal la Fantasía
rasgando altiva su mortal sudario

del infinito a la extensión sombría
remonta audaz el vuelo solitario.

Hasta el confín de los espacios hiende,
y desde allí contempla arrebatada
el piélago de mundos que se extiende
por el callado abismo de la Nada !...

El que vistió de nieve la alta sierra,
de oscuridad las selvas seculares,
de hielo el polo, de verdor la tierra,
de zafiro los cielos y los mares,

Eché también sobre tu faz un velo,
templando tu fulgor, para que el hombre
pueda los orbes numerar del cielo,
tiemble ante Dios y su poder le asombre !

Cruzo perdido el vasto firmamento,
a sumergirme torno entre mí mismo,
y se pierde otra vez mi pensamiento
de mi propia existencia en el abismo !

Delirios siento que mi mente aterran...
los Andes a lo lejos enlutados
pienso que son las tumbas do se encierran
las cenizas de mundos ya juzgados...

El último lucero en el Levante
asoma, y triste su partida llora;
cayó de tu diadema ese diamante,
y adornará la frente de la Aurora.

¡ Oh Luna, adiós ! Quisiera en mi despecho
el vil lenguaje maldecir del hombre,

que tantas emociones en su pecho
deja que broten y les niega un nombre.

Se agita mi alma, desespera, gime,
sintiéndose en la carne prisionera;
recuerda al verte su misión sublime,
y el frágil polvo sacudir quisiera.

Mas si del polvo libre se lanzara
esta que siento imagen de Dios mismo,
para tender su vuelo no bastara
del firmamento el infinito abismo;

Porque esos astros cuya luz desmaya,
ante el brillo del alma, hija del cielo,
no son siquiera arenas de la playa
del mar que se abre a su futuro vuelo.

DIEGO FALLON
(Colombiano.)

*A mi entender, el Quijote destila zumo de
sabiduría y no sólo no enfada al simple y ad-
mira al discreto, sino que el lector reflexivo lo
ve esmaltado de sentencias que, sin necesidad
de hierofante que con clave maestra las inter-
prete, dan a entender la intuitiva presciencia
del prodigioso escritor en las cuestiones que
con el mundo entregó Dios a las disputas de
los hombres.*

FEDERICO CLIMENT TERRER

Experiencias pedagógicas

EL maestro de Villasola era perspicacísimo y entusiasta como pocos por su arte, así es que tan luego como entrevió en el muchacho una inteligencia compacta y clara sintió el gozo de un lapidario a quien se le viene a las manos hermoso diamante en bruto.

¡Aquel sí que era ejemplar para sus ensayos y para poner a prueba su destreza! Hermoso conejillo de Indias para experiencias pedagógicas! ¡Excelente materia pedagogizable en qué ensayar nuevos métodos *in anima vili!* Porque la honda convicción del maestro de Villasola — aun cuando no llegara a formularse — era que los muchachos son medios para *hacer* pedagogía, como para hacer patología los enfermos. “La ciencia por la ciencia misma”, era su divisa expresa, y la tácita, la de debajo de la fórmula, esta otra: “la ciencia para mi solaz y propio progreso”.

Cogió al muchacho prodigioso para desbastarlo. ¡Qué descanso después de aquella infecunda brega con tanta vulgaridad, con todos aquellos oscuros carbones que a lo sumo llegaban a grafitos! “¡Qué diferencia de alma a

alma—se deca—; todas son carbono espiritual; pero he aquí entre tanto obscuro carbón ordinario, un alma cristalizada en diamante”.

Empezó el maestro la faena. Tenía planeada la hermosa forma poliédrica, las múltiples facetas, los ejes. ¡Qué reflejos daría al mundo, y cómo se admiraría en él la pericia del lapidario que lo tallara!

El muchacho se dejó hacer aunque conservando su cualidad íntima: la dureza diamantina. Mas cuando al descubrir su propio brillo se comparó con los opacos carbonos entre que vivía, se prestó sumiso a las manipulaciones de su lapidario.

¡Qué de facetas! ¡qué de aguas! ¡Qué de destellos! ¡Qué de cosas sabía y qué bien agrupadas todas en ordenación poliédrica! Era la maravilla del pueblo. El día que habló en el casino fué aquello el pasmo de Villasola. ¡Cómo lo enlazaba y engarzaba todo en hilo continuado y ordenado!

Ya presentaba una faceta, ya otra, deslumbrando con mil tornasolados cambiantes e irrisaciones múltiples, según se reflejaba en su mente de un modo o de otro la luz incolora y difusa de la ciencia. ¡Qué orador!

¡Qué cabeza! Allí estaba todo ordenadito y cuadriculado, por 1º, 2º y 3º; por A y B mayúsculas y a y b minúsculas, relacionado con llaves diversas, y llaves de llaves, en maravilloso cuadro sinóptico.

Llegó el día en que el portento de Villasola se lanzó a la Corte en busca de campo. Acompañóle tropel de gente a la estación, y le siguió el pueblo todo con su corazón, sin que él por su parte, lo llevara en el suyo. Las madres se lo señalaban a sus hijos cual modelo; apeteciendo, a la vez, para sus hijas; suspiraban éstas por él, y los envidiosos se recomían las tripas. Pero el orgulloso de veras era el maestro de Villasola, el lapidario de aquella maravilla que iba a hacer valer su elevado valor en cambio, difiriendo cuanto pudiese el engastarse en una joya social cualquiera para realizar así su valor en uso. Aspiraba a solitario.

Cayó en el arroyo del mundo, en su lecho de arena, entre cantos rodados y polvo de diamantes deshechos ya. Maravilló al punto a cuantos se le acercaron; pero, lastimados por sus aristas, tenían que dejarle. Paseáronle de salón en salón dándole mil vueltas para admirar sus reflejos todos, pero nadie le quería si no era para montarlo en un anillo, y él se quería libre, sin engaste.

Entre tanto la corriente iba restregándole contra la arenilla del lecho donde había también polvo de diamantes.

Demandó, más bien que pretendió, a una joven rica que le sirviese de montante, y recibió calabazas. Aquella noche mordía la almohada, sintiéndose a solas y a obscuras como pedruzco, seco y frío.

Ibasele desgastando poco a poco la poderosa inteligencia sinóptica, se le velaba y enturbiaba la mente al quebrársele las aristas, y no reflejaba ya sino luz vulgar. Y entonces vió a los humildes carbones a quienes había desdeñado asociarse, y al conjuro de la solidaridad, que cual corriente eléctrica les recorría enlazándolos, dar luz propia, ellos, los oscuros carbones, y no mero destello reflejo como él, diáfano diamante. Los pobres se consumían en trabajo, daban luz de su carne y de su sangre, con dolor, sí, pero con amor también, unidos por santa corriente de fraternal comunión de esfuerzos. Y él solo, solitario, duro, perdidas las aguas, ¿para qué servía ya?

Servía para rayar cristales, porque le quedaba su cualidad esencial e íntima: la dureza. Hay que oír en las mesas de los cafés al diamante de Villasola cuando, previas unas copas de coñac, cae sobre una reputación hecha cualquiera, sobre un sentimiento consagrado, sobre cualquier cristal, y los raya y esmerilla rechinando. ¡Qué elocuencia áspera, seca, dura, rechinante! ¡Cómo deja de esmerillados a los cristales! Ahora es cuando hay que conocerle, ahora que desgastado por el roce con la arenilla del lecho del río del mundo, estropeadas sus facetas por el continuo fregarse en polvo de desechos diamantes, revela su durísima esencia de carbono cristalizado.

Cuando el maestro de Villasola supo el fin

de su diamante, se propuso esta ardua cuestión: "la pedagogía, ¿es ciencia pura o de aplicación?" Mas lo que no se le ha ocurrido al lapidario de Villasola, es que sea más hácedero sacar luz del calor potencial almacenado en los negros carbones, que arrancar calor vivífico de la luz meramente refleja y de préstamo del diamante.

MIGUEL DE UNAMUNO

Madrid, diciembre 1916.

El crítico debe poseer, en primer término, ese estado de simpatía reclamado por Carlyle, y tener, además, una duplicidad de espíritu, un posible desdoblamiento de su inteligencia, para poder comprender el estado mental del autor estudiado, colocándose en su medio y en sus condiciones idiosincráticas para asimilar íntegramente todo cuando el autor ha querido decir. Solamente así el crítico dejará de ser un censor, un fiscal, cuya obra será grosera como todo lo que se convierte en oficio, y solamente así podrá encarar los más complicados problemas y estudiarlos, aceptando o no las conclusiones de los autores, pero manteniendo siempre sobre su opinión personal, la noble rectitud de lo sincero.

RAFAEL ALBERTO ARRIETA.

Página de la novela

EL VAMPIRO

UN sutilísimo instinto de Belleza dirigió nuestro gusto literario por la senda única de melodía y de pensamiento. Y si en nuestro amanecer mental olvidábamos los libros científicos, las obras de arte que leíamos eran sanas y útiles. Recuerdo entre cien, las novelas que más nos entusiasmaron: *El ensueño*, de Zola; *El amigo Fritz*, de Erckman-Chartrian; *El Abate Constantino*, de Halevy, *El pescador de Islandia* y *El casamiento de Loti*, de Viaud..... Libros olorosos a retamas y a violetas de los campos, melancólicos y profundos e impregnados de un bello optimismo. Atraíannos, sobre todo, de irresistible manera, las narraciones sobrenaturales, y entre éstas, los cuentos de Poe. La maravillosa cerebración del mayor poeta de las Américas encantó nuestras almas con sus insuperables relatos fuera de la vida, más allá del normal círculo en que nos agitamos. Luz recitaba algunos de sus poemas extraños, con un encanto singular y casi fúnebre. *Ulalume*, *Annabel Lee*, *Berenice*, vibraban en sus labios con melancolías de ultratumba que hicieran estremecerse a Edwig y ponerse nerviosa a mi madre.

—Me enferman la música y el dolor de tu

voz— le decía, al terminar alguna de aquellas recitaciones mágicas y tristes.

Fué entonces cuando pude apreciar, en todo su valor el talento complejo y exquisito de mi amiga. Una nueva faz de su rara personalidad vino a hacerla aún más querida a mi corazón. Admirábala más ahora por su asombrosa flexibilidad mental y espiritual para asimilarse el dolor y la trágica desesperación de los grandes poetas. Ella, dirigida por maestros comprensivos de este arte supremo, hubiera llegado a conquistarse una gloria eminente. Una noche, en el salón, nos inmovilizó de asombro y de pavor, con el lúgubre relato de *Ligeia*. Aprendió virtuosamente, de memoria, la prosa sobria, elegante y sonora que Verneuil tradujo del francés. Habría ella deseado conocer al lengua francesa para realizar la traducción directa, evitando así que el pensamiento inicial se modificara en parte al pasar por el tamiz de dos idiomas. Tuvo que conformarse con la versión citada, echa de la de Baudelaire. Luego que retuvo fielmente el mágico poema, aprendió a decirlo con su voz grave y musical que, en ciertos pasajes, tomaba inflexiones ligeras, melancólicas, exasperadas, profundas y roncadas. A veces su acento semejava un rumor cristalino, y de pronto volvía sordo y opaco, o frenético y áspero. Era, ya un cántico de oro, ya un solemne sonto taciturno, ya una gélida elegía torturante.... Cuando levantaba al cielo sus cándidos brazos para expresar el dolor desesperado de *Ligeia*, su actitud sobrenatural, la magnética expresión de su faz y la fúnebre entonación de sus palabras, causaban en nosotros un verdadero sufrimiento.

—“¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Padre celestial! ¿Se habrán de realizar esas cosas irremisiblemente? ¿No será jamás vencido ese Gusano conquistador? ¿No somos una parte y una partícula de Tí?”

Y al terminar la pavorosa lucubración, su acento volvíase recóndito, como arrancado de las infinitas profundidades del yo. Luego florecía de pasión resplandeciente, de lóbrega duda, de amarga y suprema certidumbre. Las últimas palabras inmortales nos causaban un escalofrío:

“Pero.....¿habría crecido mi esposa durante su enfermedad? ¿Qué indefinible delirio se apoderó de mí al concebir esta idea? De un salto caí a sus pies; pero ella se retiró a mi contacto: desprendió su cabeza del horrible sudario que la rodeaba, y entonces se desbordó en la atmósfera de la habitación una masa enorme de largos cabellos desordenados: eran más negros que las alas de la noche, más que el plumaje del cuervo! Y ví que los ojos de aquel rostro lívido se abrían lentamente.”

“¡ Al fin! —exclamé con voz sonora. ¿Podría engañarme yo jamás? He ahí los ojos admirablemente rasgados, los ojos negros, los extraños ojos de mi amor perdido, de mi adorada Ligeia!”

FROYLAN TURCIOS

No leáis sino libros generalmente estimados. Es señal de un estómago enfermo comer de todos los manjares, los cuales, lejos de aprovecharle, sólo sirven para debilitarle más. No es preciso tener muchos libros, sino tenerlos buenos.—SÉNECA.

Una educadora

La Condesa de Ségur

HAY muchas maneras de educar a los niños. “El ideal de la educación—dijo Herbert Spencer—sería el obtener una completa preparación del hombre para toda la vida entera.... Pien- sen que hay veinte maneras de equivocarse y una sola de acertar”. ¡Qué difícil será, pues, el cono- cer esta única y “precisa” manera! Nuestros mayores nos aseguran que todo va de mal en peor. ¡Ah, en sus tiempos! Pero ya sabemos que esto ha sido costumbre de todos los mayores de todos los tiempos, y no hay que afligirse.

No, al contrario; respecto a educación, nadie, a no ser los que, cerrando los ojos y tapándose los oídos, cantan a toda costa el tiempo viejo—su tiempo,—nadie podrá negar los progresos hechos estos últimos años y los que se hacen cada día. Todos los educadores—quizá ninguno—no ha- brán dado con la “sola manera” que Spencer a- seguraba ser la buena; pero es indudable que ca- da vez, es decir, a cada generación, estamos más próximos a ella.

Los libros de niños son en esta materia una gran prueba. Nos parece algo exagerado preten- der que el libro leído por el niño prepare el carác-

ter del hombre; pero seguramente contribuye a ello, y tan importantes como los libros de la clase nos parecen los libros de recreo.

Hasta hace pocos años, los libros de niños no existían. Fuéa del reino de lo fantástico, cuentos de hadas, etcéteras..., las lecturas dedicadas a la infancia eran, francamente, "embrutecedoras". Teníamos, es verdad, los cuentos de Andersen, de Grimin, de Perrault; pero su divulgación, su completa divulgación data de muy poco. Se leían; no eran "lectura" general. Hoy tenemos Casas editoriales—por ejemplo, la Casa Calleja, que es la que se especializa en eso—que no temen hacer para los niños ediciones tan cuidadosas como para los mayores; y hoy, que ya sabemos lo que es y debe ser la literatura infantil, fuéa de las maravillas de los "cuentistas," sólo conservamos "de cuando nuestros mayores" los libros que para los niños escribió aquella gran señora y aquella gran abuela:" la condesa de Ségur.

Gran abuela, sí, porque quiso ser ante todo una "grand'mère". Es decir, no pretendió nunca ser otra cosa y por eso quizá sus obras tienen tal encanto; un encanto hecho de sencillez, de ternura, de comprensión de los pequeños. Nada de literatura, nada con vistas al éxito.

Escribía para distraer a sus nietecitos, cuando éstos la acompañaban en su casa de campo, leía sus obras sólo a los niños de su familia, a los amiguitos de estos niños y, cuando por casualidad se hallaban presentes, a sus muy íntimos amigos. Dos de estos últimos, el famoso panfletario ultramontano Luis Veuillot, y el novelista Eugenio

Sue, le aconsejaron vivamente publicase lo que ella llamaba "sus historietas". Su hijo, Monseñor de Ségur, que, después de quedar ciego, se recreaba oyéndolas — él decía que "se sostenía", — le aseguró que era un deber hacer que todos los niños pudieran disfrutar de lo que disfrutaban los que ella quería. Y la "bonne grand'mère" cedió.

Sabemos que por cada libro le pagaba la Casa Hachette 6,000 francos; suma irrisoria, si se calcula la cantidad de ediciones que cada uno alcanzó. Era muy vehemente, muy apasionada, esta autora que no pensó nunca en serlo; había nacido en Rusia, hija del general Rostopchine, que incendió Moscú cuando entró en él Napoleón; en cuanto empezó a escribir para el público, un público diminuto, pero no por eso menos exigente, tomó tan a pecho su obra, que hasta el final de su vida, aun ya después de crecidos sus nietos y los que formaban sus primeros admiradores, trabajó sin descanso, produciendo continuamente nuevas y nuevas "historietas".

Su imaginación era portentosa. Ningún libro suyo repite, ni siquiera se parece a otro. Siempre la idea y hasta la forma eran nuevas. Claro que siempre el vicio era castigado, y la virtud recompensada; pero ella ha sido el primer autor para niños "con carácter". Sus libros no son realistas; esto era imposible; pero tienen siempre una gran naturalidad y en ellos los personajes aparecen con matices de carácter, "con vida".

En Francia no hay niño—ni hombre—que no haya leído "Las aventuras del General Dourakine", "Las desgracias de Sofía" o "Un buen diablillo". Son tan populares las obras de la conde-

sa de Ségur, que muchas frases de ellas han quedado como refranes, y que muchos caracteres por ellas dibujados son caracteres corrientes en la literatura francesa; se dice en francés ser como "Gribonille," lo mismo como se dice ser como "Harpagón".

Cuando en 1909 se inauguró su estatua—costeada por los niños de todas las escuelas de Francia,—en uno de los discursos que se pronunciaron (no recuerdo bien, pero me parece que esto fué en el de Emile Faguet) se dijo que Francia no sería tal como es sin la obra de la condesa de Ségur. No es paradoja; esto no quiere decir, que ella ha formado el espíritu moderno de Francia; quiere decir, y esto es indudable, que dentro de ese espíritu, la condesa de Ségur, con su incomparable popularidad, ha tenido mucha influencia.

Y fuera del mérito propio a su obra no se debe olvidar que ningún literato de los que contribuyen a buscar "la buena manera," que dice Spencer, ha tenido, ni probablemente tendrá tanta importancia como aquella "abuela" que empezó a escribir para distraer a sus nietecitos, y que acabó escribiendo para muchas generaciones de hombres.

MARGARITA NELKEN

Madrid, mayo de 1917.

Las naciones, como los individuos, necesitan siempre de un ideal, de un lema, de una bandera que flote constantemente ante sus ojos.

MIGUEL ALEXIS ROBLES



Las tres lágrimas

(Del francés)

Las lágrimas de madre son torrente
 de caudaloso río
 que va hacia el mar bravío
 sin perder una gota en su corriente.

¡Oh, lágrimas de madre, entre amarguras
 corred, siempre corred,
 que no os agotaréis porque sois puras!

Las lágrimas de hermana son riachuelo
 que baja de la altura
 y que el labriego apura
 fertilizando su cansado suelo.

Corred, corred ¡oh lágrimas de hermana
 que podéis agotaros
 refrescando de amor el alma humana!

Las lágrimas de esposa son rocío
 que en la noche callada
 suspende en la enramada
 la radiación terrestre del estío.

¿A qué asomáis, oh lágrimas de esposa,
 si el sol de la mañana
 absorberá la gota vaporosa?

C. PERAZA,

Junio de 1917.

(La Revista. Carácas.)